

## Catecismo 300 - 301 CREO EN DIOS PADRE CREADOR

### *El misterio de la creación – I I-*

2011

**Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA**

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Dios trasciende la creación y está presente en ella

Punto 300:

*Dios es infinitamente más grande que todas sus obras (cf. Si 43,28): "Su majestad es más alta que los cielos" (Sal 8,2), "su grandeza no tiene medida" (Sal 145,3). Pero porque es el Creador soberano y libre, causa primera de todo lo que existe, está presente en lo más íntimo de sus criaturas: "En él vivimos, nos movemos y existimos" (Hch 17,28). Según las palabras de san Agustín, Dios es superior summo meo et interior intimo meo ("Dios está por encima de lo más alto que hay en mí y está en lo más hondo de mi intimidad") (Confesiones, 3,6,11).*

Comenta Monseñor que para hacernos un concepto aproximado de la realidad de Dios, hay que afirmar dos partes: Trascendencia de Dios e inmanencia de Dios.

La trascendencia subraya que la majestad de Dios está por encima de todo lo creado, y la inmanencia de Dios subraya que la infinitud de Dios está presente en lo más íntimo de nosotros. Dos afirmaciones que se compensan una con otra.

Uno de los problemas consiste en esclarecer la relación entre Dios y la obra creada. Porque si se acentúa la trascendencia divina negando la inmanencia, se concibe un Dios "grandiosísimo", pero tan distante del mundo que al hombre le va a resultar no sólo inaccesible, sino también extraño. Si sólo se toma esta parte, se produce una llamada al ateísmo, porque Dios queda tan alejado que no es posible relacionarse con Él. Una radical concepción de la grandeza de Dios, aun cuando se presente con visos de máximo respeto a la divinidad, implica una especie de ruptura entre el hombre y Dios.

Por otra parte, si se acentúa la inmanencia de manera que Dios es mi misma intimidad, se sigue el riesgo de olvidar que Dios trasciende todo, y al final convierte todo en un panteísmo, en un producto del subjetivismo en el que cada persona crea a Dios a su imagen y semejanza.

Recuerda Monseñor como una mujer cuidadosa de la educación de sus hijos fue a consultarle por una frase aparecida en un libro de texto donde ponía: “Dios no nos habla, sino que Dios habla en mí” El Espíritu Santo dio el “sensus” a esta persona para -aún sin conocimientos teológicos-, advertir que había algo raro en la expresión, pues es como no distinguir a Dios de uno mismo, o sea, panteísmo, no distinguir a Dios de la criatura.

En la Sagrada Escritura sí se distingue a Dios de las criaturas. Por ejemplo, cuando se dice que Dios es libre, la libertad de Dios es un punto de partida para distinguir a Dios de sus criaturas. Dios es libre para crear el mundo, pues podía haberlo creado o no, o haberlo creado de otra forma... Es decir, hay una distinción real de Dios y sus criaturas. El ser y obrar de Dios no se confunde con el del hombre.

**Oseas 11, 9**

9 No daré curso al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím, porque soy Dios, no hombre; en medio de ti yo soy el Santo, y no vendré con ira.

Se muestra claro que Dios no puede ser confundido con el hombre, pues tiene su independencia. Además, Dios no se desvincula de su obra, pues está presente en todo lo creado. En un doble sentido: primero, en que el mundo por ser creado por Dios proclama la gloria de Dios. Segundo, en que el mundo recibe la atención providente de Dios.

Añade Monseñor que el pecado distorsiona la percepción de Dios. Por ejemplo, cuando se proclama que “Dios es grande”, puede llegar a dar miedo. Como les pasó a Adán y a Eva cuando pecaron “y tuvieron miedo y se escondieron de Dios”.

La grandeza de Dios, que debiera inspirarnos amor, confianza, admiración... el pecado ha hecho que nos dé miedo pues proyectamos nuestro propio pecado.

El pecado lleva también a manipular la inmanencia de Dios, haciendo su imagen a nuestro servicio. El pecado ha distorsionado este misterio del equilibrio entre la grandeza y la cercanía de Dios.

La Redención, la revelación en Jesucristo ha venido a subrayar ambas cosas, la trascendencia y la inmanencia, pues por una parte nos devuelve la cercanía de Dios por la Encarnación del Verbo en la que Dios toma la forma de siervo, se hace uno de los nuestros de manera que Dios nunca ha sido tan cercano, y al mismo tiempo se subraya como nunca en la Redención, la grandeza de Jesucristo por su Resurrección y ascensión a los Cielos. La trascendencia y la inmanencia de Dios cobran su pleno sentido en la Resurrección y en la Encarnación respectivamente. Dios lo trasciende todo, y está presente en todo.

**Sirácida 43,28-29 (Eclesiástico)**

28 *¿Dónde hallar fuerza para glorificarle? ¡Que él es el Grande sobre todas sus obras!*

29 *Temible es el Señor, inmensamente grande, maravilloso su poderío.*

Es decir, tenemos el problema de que no tenemos fuerza suficiente para glorificar a Dios en su grandeza. Necesitamos la fuerza que Él nos dé, la fuerza del Espíritu Santo para poder glorificar a Dios.

### **Salmos 145,3**

*3 Su grandeza no tiene medida.*

### **Hechos 17,28**

*28 pues en él vivimos, nos movemos y existimos, como han dicho algunos de vosotros: “Porque somos también de su linaje.”*

Es decir, Dios no sólo es inmensamente grande, sino que está misteriosamente cerca de nosotros, y nosotros de Él. Y en Él somos sostenidos.

En la Sagrada Escritura pues se muestran ambas verdades. Que no se reafirmase antes, no es que la Iglesia no lo tenga claro. La Iglesia ha creído esto, y no ha tenido que defenderlo sino hasta que no ha sido formulada alguna proposición herética. Por ejemplo en el Concilio Lateranense IV en el año 1215 se condenó la doctrina de Amalrico de Bene que decía que Dios es todo, sin hacer distinción entre Dios y criaturas. La Iglesia ha defendido tenazmente la distinción entre Dios y las criaturas, cerrando el que algunos identifiquen la naturaleza humana con la divina.

Algunas veces incluso ha tenido la Iglesia que discernir desde cerca, pues es posible que algunos místicos cuando hablan de la elevación de la criatura a Dios puedan tener ciertos términos que hagan confundir la mística con el panteísmo, poniendo Monseñor el ejemplo del maestro Eckhart (Eckhart de Hochheim (Turingia, c. 1260 – c. 1328)) donde la Iglesia tuvo que distinguir y advertir ante un falso misticismo. (min.25)

El Concilio Vaticano I en la Constitución dogmática “*Dei Filius*” (1870) en su capítulo primero dice:

“La Iglesia Santa, Católica, Apostólica y Romana cree y confiesa que hay un sólo Dios verdadero y vivo, creador y señor del cielo y de la tierra, omnipotente, eterno, inmensurable, incomprendible, infinito en su entendimiento, voluntad y en toda perfección. Ya que Él es una única substancia espiritual, singular, completamente simple e inmutable, debe ser declarado distinto del mundo, en realidad y esencia, supremamente feliz en sí y de sí, e inefablemente excelso por encima de todo lo que existe o puede ser concebido aparte de Él.”

Una cosa es la mística que nos acerca a Dios, y otra es confundir Creador con criatura. La respuesta de este Concilio de la Iglesia viene a atajar cualquier forma de panteísmo que niega la creación como un acto singular y propio de Dios. Y ha sido providencial porque en nuestra época, la Nueva Era que empapa la cultura y el pensamiento actual no distingue lo que es la experiencia profunda de Dios, de la afirmación de que somos criaturas de Dios y esencialmente distintos de Él.

“Dios está por encima de lo más alto que hay en mí, y está en lo más hondo de mí.” (San Agustín)

Se pueden extraer dos consecuencias para nuestra espiritualidad de esta frase: que Dios esté por encima debe ayudarnos a relativizar los problemas y saber que las dificultades que vivimos son muy limitadas, y que esté en lo más hondo, debe evitar que nos sintamos solos y pensar que Dios no nos deja de la mano ni se ha olvidado de nosotros. “Dios es mi amigo y me ofrece su intimidad”.

### **Dios mantiene y conduce la creación**

#### **Punto 301:**

***Realizada la creación, Dios no abandona su criatura a ella misma. No sólo le da el ser y el existir, sino que la mantiene a cada instante en el ser, le da el obrar y la lleva a su término. Reconocer esta dependencia completa con respecto al Creador es fuente de sabiduría y de libertad, de gozo y de confianza:***

«Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces pues, si algo odiases, no lo hubieras creado. Y ¿cómo podría subsistir cosa que no hubieses querido? ¿Cómo se conservaría si no la hubieses llamado? Mas tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor que amas la vida» (Sb 11, 24-26).

Recuerda Monseñor que la Creación es una llamada, pues Dios llama de la nada al ser. “Hágase”, y Dios llamó a la existencia. Lo que sigue a esta llamada que es la Creación, es una permanencia, pues Dios no abandona a la criatura. No sólo le da el ser y el existir, sino que también le da el obrar.

Al desarrollar y explicitar el tema de la Gracia de Dios en el Catecismo, se examinaron algunas oraciones que se proclaman en la liturgia. “Señor, que tu gracia inspire, sostenga, y acompañe nuestras obras.” Es decir que la acción de Dios está teniendo lugar de alguna manera al mismo tiempo que la nuestra. Respetando nuestra acción libre, pero sosteniéndola con su Gracia. Este equilibrio sólo puede hacerlo Dios. Es muy difícil que una persona acompañe a un hijo sin anularle.

Si alguien al escuchar en esa oración que Dios nos da su Gracia para obrar el bien, se preguntara qué tanto por ciento de la obra que hace es de Dios y cuánto de él mismo... no estaría haciéndose el planteamiento correcto, pues sería el cien por cien suyo, y el cien por cien de Dios. Lo que es propiamente nuestro, es el pecado. Pero toda obra buena está sostenida por la Gracia de Dios. Dios no sólo nos ha dado el ser, sino también nos ha dado el obrar. Dios actúa al mismo tiempo que las causas segundas, y sin anularlas. Detrás de todo lo natural, está lo sobrenatural.

La espiritualidad cristiana cuando es consciente de esto, nos lleva a entender que ser santo, es dejar que Dios lleve a cabo su obra en nosotros. Es dejarnos mover por el Espíritu Santo. Esto no significa para nada que haya que pensar en un “quietismo”. Una expresión dice: “Cuando Dios da su Gracia, el hombre suda” queriendo significar que su Gracia no lleva al quietismo, sino más bien a desarrollar todo el potencial que Dios ha puesto en el hombre. Pero sí se introduce un concepto de docilidad. Que nuestra energía y esfuerzos se desarrollen conforme a la inspiración de Dios, no por nuestra cuenta. Dios ha creado el mundo, y mueve el mundo y nuestras voluntades hacia la plenitud de la consumación eterna. La plenitud en el Cielo, donde “Dios será todo para todos”